

## Debatiendo la revista: Pensando los anticomunismos en América Latina

A propósito del artículo de Rodrigo Patto Sá Motta:  
«O anticomunismo na história: debate conceitual, historiografía e usos políticos»

Debaten: Marcelo Casals<sup>1</sup>, Adriana Petra<sup>2</sup> y Magdalena Broquetas<sup>3</sup>

Moderan: Aldo Marchesi<sup>4</sup> y Vania Markarian<sup>5</sup>

16 de julio de 2024

Vania Markarian: Esta actividad forma parte de un proceso de renovación y cambio de revista *Contemporánea*. Desde el comité académico de la revista todo este año ha sido un año de repensar qué quiere decir tener una revista académica en la Universidad de la República, en un país como Uruguay, en una región como Río de la Plata, en América Latina.

La revista apareció cuando en nuestro medio había todavía pocos espacios para publicar. Fue la primera revista de historia arbitrada de Uruguay. También en la región había pocos espacios para publicar con revisión de pares y con los requisitos que las bases y las nuevas reglas de la vida académica empezaron a exigir. Entre ese proceso de creación y la actualidad han aparecido muchos más espacios. En ese lapso, *Contemporánea* pasó a tener dos números por año y el proceso se nos hizo cuesta arriba. Cuento lo que nos pasó porque creo que hace al tipo de prácticas académicas en las que todos estamos involucrados, a veces sin reflexionar demasiado y aceptando cierta burocratización. Es una revista que se hace sin ningún tipo de apoyo financiero específico, más allá del apoyo de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República en la edición.

Entonces en este año decidimos volver a la periodicidad anual para darnos el tiempo de hacer una revista que se pareciera más a lo que queremos hacer y que recuperara las redes de sociabilidad y el carácter de interacción académica que queríamos tener. Esto implica, por un lado, mantener el *dossier* referido entre pares porque nos parece que hace a los contenidos sustantivos de la revista. Pero decidimos agregar otras secciones, abrir otros espacios, algunos más de experimentación sobre lo que *Contemporánea* pretende generar entre los historiadores de Uruguay y de la región.

Esta es una de las actividades que tienen que ver con estos cambios. Al contarle esta situación a diversos colegas, en particular a Rodrigo Patto, surgió muy generosamente la posibilidad de que él

<sup>1</sup> Universidad Finis Terre, Chile

<sup>2</sup> Universidad Nacional de San Martín, Argentina

<sup>3</sup> Universidad de la República, Uruguay

<sup>4</sup> Universidad de la República, Uruguay

<sup>5</sup> Universidad de la República, Uruguay

nos acercara un artículo que tenía que ver con cosas que nosotros estábamos pensando y prestarse a este espacio de intercambio. Se trata de generar un debate frente a un artículo, que no pase desapercibido entre las decenas de artículos de las bases que todos vemos todo el tiempo. Quisimos invitar al intercambio y después publicarlo junto con su texto.

Ha sido un proceso interesante para nosotros, para el colectivo de la revista. Esperamos que los espacios que se generen a partir de esa discusión sobre qué es hacer vida académica también sean inspiradores para seguir hablando de las formas en las que producimos conocimiento.

Aldo Marchesi: El tema del encuentro surgió a partir de varias charlas que hemos tenido últimamente en torno al concepto de anticomunismo en el marco del Grupo de Estudios sobre las Izquierdas (GEI). Empezamos a intuir que lo que nosotros tendíamos a ver como un elemento constitutivo de las identidades de las derechas en el siglo XX latinoamericano tenía otras complejidades. Veíamos que esta categoría había sido relativamente importante también en las izquierdas uruguayas y latinoamericanas entre los años treinta, cuarenta y sesenta del siglo XX. Y que luego de alguna forma se había abandonado, pero que, así como el anticomunismo ha estado asociado a identidades de derecha, también podríamos pensar algunas formas de anticomunismo de izquierda.

Concretamente, Vania ha venido trabajando sobre intelectuales vinculados al Congreso por la Libertad de la Cultura muy marcados por la experiencia de la guerra civil española, con varios que terminan colaborando con Estados Unidos en el marco de la Guerra Fría, incluso aceptando financiamiento de la CIA. Algunas de estas sensibilidades tenían una fuerte impronta anticomunista. También veíamos estos elementos, por ejemplo, en agrupaciones vinculadas a diversas formas del socialismo y al nacionalismo revolucionario, como podrían ser experiencias vinculadas al APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana).

De alguna forma, nos interesaba volver a repensar o entender más la contingencia histórica y las variaciones de esta categoría y la influencia que tuvo más allá del mundo de las derechas. Esa fue la pregunta que nos llevó hasta Rodrigo, quien nos planteó que estaba trabajando en un artículo sobre estas dimensiones del anticomunismo. Rodrigo es uno de los precursores del uso de esta categoría en esta zona del mundo para pensar el siglo XX. Nos pareció que su artículo podía ser una muy buena oportunidad para generar un debate e invitamos a colegas de países diferentes, con recorridos también diferentes y que de alguna forma están vinculados en términos analíticos a la categoría anticomunismo.

Por un lado, Magdalena Broquetas que desde la Universidad de la República de Uruguay ha trabajado sobre las derechas uruguayas; por otro lado, Adriana Petra, que trabaja sobre el comunismo en Argentina en la década del cincuenta; por último, Marcelo Casals, que en sus últimos trabajos ha analizado la relación de la dictadura chilena con los sectores medios.

Lo que buscamos es aproximarnos a este núcleo que creemos central en la historia del siglo XX para tratar de darle más complejidad o tratar de entender los múltiples usos que ha tenido este concepto. La iniciativa busca también dar más vida a los artículos que publicamos. Nos parece importante discutir como una forma de construir comunidad y de poner en cuestión para qué sirve la publicación de este tipo de artículos

Magdalena Broquetas: Muchas gracias, Aldo y Vania, por la invitación a participar de esta actividad que me parece muy interesante y muy estimulante, además habiendo leído el artículo de Rodrigo que, como todos sus textos, es didáctico, claro y aborda de manera sencilla cuestiones complejas. Me parece que, como ustedes dijeron, Rodrigo ha sido pionero en hablar de los anticomunismos en plural. Es quien postuló la idea de las matrices del anticomunismo, que tan útil analíticamente

ha sido para para los trabajos de muchos de los que estamos acá. Como él siempre dice, este enfoque era excéntrico inicialmente y se fue transformando en un objeto de mucho interés. El hecho de que su trabajo ahora tenga traducciones a otros idiomas y que haya tantos proyectos vinculados al anti-comunismo que refieran al trabajo de Rodrigo ratifica lo que estoy diciendo. Por cierto, creo que esta tendencia está, sobre todo, ligada al crecimiento del campo de estudio sobre las derechas en estos últimos veinte años.

En esta oportunidad quisiera mencionar los siguientes aspectos: la importancia del debate conceptual, los marcos cronológicos del análisis, los marcos espaciales, cómo estudiar este tema y algo del presente del anticomunismo.

Las precisiones sobre el debate conceptual me parecen fundamentales porque cuando referimos al «anticomunismo» parece que todos entendemos de qué estamos hablando, pero en realidad esto no es necesariamente así. Cuando hablamos de anticomunismo, ¿de qué hablamos? Es una ideología, es una identidad, es un programa de acción que podría ser transversal a muchos sujetos y movimientos. Es algo del orden de lo emocional. Parece haber un poco de todo esto; por eso creo que tenemos que tener bastante imaginación para estudiarlo con diversidad de herramientas y con diversidad de abordajes. Los anticomunistas llaman «comunistas» a sujetos que no lo son. El término ha sido usado como un epíteto para denigrar, como un mantra para asustar, como un paraguas bajo el cual se une mucha gente que no coincide en demasiadas cosas salvo en el rechazo de lo que identifica como un enemigo común. Rodrigo afirma que es mucho más que la lucha contra el comunismo, que es mucho más que el prefijo *anti*, que se trata de un fenómeno de rechazo visceral, absolutista. Pero también demuestra, con fineza, que esto es más complejo. No solo porque el anticomunismo tuvo diversas expresiones y diversos grados (no siempre fue tan virulento, incluso puede ser sutil), sino también porque los grandes adalides del anticomunismo, en distintas circunstancias históricas del siglo 20, llegaron incluso a pactar alianzas con sus enemigos. Rodrigo dice que el radicalismo no afecta el fenómeno. En principio comparto, pero agregaría un matiz: creo que en contextos en los que la percepción de amenaza es mayor, que en efecto hay algo grande en juego, los discursos radicales se amalgaman con los más moderados y ahí el fenómeno es mucho más potente. Rodrigo habla de brotes anticomunistas, también podemos pensar en empujes, en oleadas, en momentos en que la violencia es mucho mayor. Podemos decir entonces que las posibilidades del anticomunismo más radical se potencian en contextos reales de crecimiento de ciertas iniciativas políticas y sociales.

¿Qué hacer con el anticomunismo de izquierda, que es uno de los temas que aparece en el texto de Rodrigo? Sin dudas me parece central y no puede ser desestimado, pero considero que no puede ser metido en la misma bolsa. Incluso cuando se trata de posiciones y de sentimientos de fuerte rechazo al comunismo, no parece tener punto de comparación a nivel de la instrumentalización del miedo y de las iniciativas represivas que llevaron adelante las derechas. Creo que analíticamente, es necesario establecer una distinción en función del enfoque, en función del propósito de lo que queremos analizar. Si lo que vamos a analizar es el anticomunismo como discrepancia o como rechazo al comunismo como movimiento o como régimen político en sus diversas derivas, me parece que es válido e imprescindible incluir las experiencias de todo el espectro ideológico, también de los sectores de la izquierda que impugnaron sistemáticamente al comunismo. Si lo que vamos a estudiar es el anticomunismo en la instrumentación del temor social, en la creación de enemigos, en la justificación de medidas represivas o autoritarias, parece ser un fenómeno que se corresponde más al estudio de las derechas. Podría rebatirse esto que estoy diciendo, afirmando que muchas de las extendidas opiniones negativas de las izquierdas sobre los comunistas contribuyeron a consolidar y a sostener imaginarios anticomunistas que fueron después, o en simultáneo, instrumentalizados por

las derechas militantes, por los oportunistas. Es cierto, pero me parece que es como un epifenómeno de lo que estoy planteando.

Sobre los marcos cronológicos, coincidimos en que es importante no ceñirse a la Guerra fría para entender el arraigo, y perdurabilidad del fenómeno, debe tenerse presente que estamos ante un asunto de larga duración en la época contemporánea. Creo que, sobre todo, este asunto es importante si lo que estamos estudiando son los imaginarios sociales, la construcción de sentidos comunes o las representaciones más extendidas. Allí, el marco cronológico no es la Guerra Fría, es el siglo XX. Hemos acumulado suficiente evidencia como para afirmar que los imaginarios anticomunistas que circularon en la segunda mitad del siglo XX —la que concentró nuestra mayor atención por la Guerra Fría, por los autoritarismos y por las dictaduras— suponen una continuidad de las representaciones surgidas en las primeras décadas del siglo XX. Representaciones surgidas por el impacto del movimiento obrero y anarquista y por la Revolución Rusa del diecisiete, que luego se consolidaron en los treinta, en simultáneo a que se fortalecían las derechas fascistas.

Sin dudas es un tema que requiere del manejo de las escalas espaciales para entender su complejidad y su verdadera naturaleza. Es una lucha global que a nadie se le ocurriría recortarla dentro de las fronteras nacionales, pero lo cierto es que el estudio histórico busca la singularidad y esa singularidad se percibe si se pone el foco en escenarios locales. Las preocupaciones y los métodos eran similares, pero lo que ocurrió en cada país está directamente vinculado con su matriz social y política. Me refiero al lugar que ocupaban las izquierdas, los populismos, los nacionalismos, vinculado a su idiosincrasia y vinculado a las modalidades preexistentes de resolución de conflictos. En síntesis, me parece que avanzaremos sobre los estudios sobre anticomunismo en la medida en que tengamos mejor conocimiento de lo que ocurría a escala nacional y que allí sí podremos vincularlo con el fenómeno a escala global. Como sabemos, y nos queda mucho por conocer, hubo una intensa circulación de personas, de ideas, de publicaciones y de recursos a nivel planetario. También hemos empezado a estudiar en ese sentido las coordinaciones regionales, las continentales y las mundiales. Pero me parece que estamos apenas en el principio del estudio de redes que eran muy potentes, algunas visibles y otras clandestinas.

¿Cómo estudiarlo? Vuelvo a echar mano a la idea de la necesidad de perspectivas y arsenal teórico metodológico, que es algo que además postula, con mucha razón, el texto de Rodrigo. Hay que estudiar, actores estatales y actores no estatales, desde arriba y desde abajo. Me parece fundamental que podamos discernir lo retórico —no nos olvidemos que, para los anticomunistas, el comunismo es como un Cuco, omnipresente— de las iniciativas legales y represivas. Me parece que hay que bajarlo a tierra, que hay que identificar actores, escenarios, redes, vehículos.

En síntesis, el estudio de los imaginarios es clave porque el anticomunismo, precisamente está destinado a las grandes mayorías, las llamadas «mayorías silenciosas», a los sectores menos politizados. Está destinado a generar emociones e ideas, a generar sentido común. Sin embargo, solo el estudio de las representaciones no basta. Es necesario combinar ideas, imágenes, símbolos, mitos, con prácticas e iniciativas concretas a diferentes niveles y sin perder de vista que las singularidades locales estaban insertas en redes transnacionales.

Para cerrar quisiera decir algo sobre el presente del anticomunismo, que es algo que plantea Rodrigo cuando habla de los nuevos usos y de la vigencia del anticomunismo. Me parece que necesitamos mucha más producción, tanto analítico-conceptual como a nivel de reconstrucción empírica, pero me animo a compartir solo algunas ideas que espero funcionen como disparadores para la reflexión. La reconfiguración geopolítica de los años noventa, después del derrumbe del bloque socialista en el 89, incidió, sin dudas, en la adopción de nuevas formas de subjetivación política y también

en la construcción de nuevos adversarios. A partir de entonces la fuerza que tenía la amenaza comunista, sobre todo encarnada en Cuba y en la figura de Fidel Castro, no es la misma. Pensemos que además ese 89/90 coincide también con el final del período revolucionario en Nicaragua. Desde fines del siglo XX y principios del XXI va ganando terreno el combate a otro tipo de regímenes, identificados primero con el chavismo y luego con lo que hemos llamado gobiernos de «marea rosa». Durante este proceso, tuvo mucha más fuerza el tópico del peligro terrorista. Pensemos en esta insistencia en identificar el peligro terrorista en las FARC y en la revitalización que tuvo el tema después del atentado a las Torres Gemelas en 2001, cuando quedó planteado como una de las principales amenazas para la paz hemisférica. Desde allí, el combate global es mucho más contra el terrorismo que contra el comunismo.

Sin embargo, creo que el anticomunismo aparece y aparece ligado a cuestiones muy específicas. Las tres más evidentes son las siguientes: 1) al orden cultural y moral. La nueva agenda de derechos es criticada, no como avances en clave ciudadana, sino como el triunfo de fuerzas ocultas que tienen ansias de dominación mundial, que quieren socavar el orden sociopolítico. El peligro en este terreno es la llamada «ideología de género». Se escucha, se lee: «son los mismos de siempre», «no lograron la dominación política, ahora buscan la dominación cultural», 2) a las políticas sociales. Se sostiene que el gasto social y la justicia impositiva abreva siempre en concepciones socialistas peligrosas. El peligro, en este caso, es toda teoría y toda praxis que cuestione la noción de libertad, que, en definitiva, es una noción de libertad, 3) por último están las políticas de memoria. Se dice que la justicia y revisionismo de pasados dictatoriales no son legítimos, ni resultado de una acumulación o de consensos sociales, sino que son una forma de «revancha comunista», una elaboración de una narración falsa y distorsionada de la historia.

Ahora, y cierro con esto, en el texto de Rodrigo se afirma que, a nivel global, hoy los moderados y los liberales están perdiendo espacio ante los radicales. Yo comparto plenamente esta idea y afirmo, por lo menos en clave de hipótesis, que el anticomunismo, que durante buena parte del siglo XX fue el gran punto de encuentro de las derechas, no es necesariamente tan así en el presente. Creo que las derechas más moderadas están por fuera de este anticomunismo remozado que reconocemos en las derechas radicales, no son tan burdas. Me parece reconocer en la derecha liberal conservadora una postura antisindical, críticas a la supuesta mala gestión de los gobiernos de izquierda, acusaciones de corrupción, e ideas punitivistas, pero no necesariamente el tipo de discurso anticomunista que unió a las derechas en otros momentos del siglo XX. En síntesis, ha cambiado en buena medida el paraguas que cobija a actores políticos y sociales de derecha. Claro que estos actores, extremos, que revitalizaron el anticomunismo, tienen una presencia social significativa y han ganado mucho espacio en los medios de comunicación. Además, han ganado elecciones en contextos democráticos. Deberíamos también empezar a discutir la cuestión del anticomunismo en la era digital, que al parecer tiene especificidades muy propias. Bueno, muchas gracias y muchas gracias, Rodrigo, por el texto.

Marcelo Casals: Muchas gracias, Aldo y Vania, por la invitación. La revista *Contemporánea* siempre me tiene en consideración para revisar artículos, en cierta cantidad, pero también para este tipo de actividades que me parecen muy originales y también muy estimulantes. Por ello, nuevamente, muy agradecido.

Sin más, comienzo, porque tengo poco tiempo. El comentario, muy esquemático y breve, que voy a hacer no es solamente al ensayo de Rodrigo, sino también a su obra, dado que hace referencia a su obra en los últimos veinticinco años. Como decía Aldo, Rodrigo quizás inició de forma más sistemática los estudios sobre anticomunismo, en América del Sur al menos, y también han sido muy influyente para mi propia creación de un aparato conceptual para estudiar este fenómeno en

el caso de Chile. Él abrió el camino para la anticomunistología, que aún está en construcción y que esperemos que siga así en una época en que esas aproximaciones eran muy incipientes y, sobre todo, en una etapa donde este tipo de estudios sobre anticomunismos estaba marcado por ciertas lecturas difusionistas que lo veían como un fenómeno impuesto a una realidad local desde fuera, desde la CIA o desde Washington. Para dimensionar los aportes de Rodrigo en este ensayo, pero también en su obra en general, voy a destacar cuatro ideas o cuatro aproximaciones metodológicas que me parecen claves para seguir construyendo y afinando o complejizando este campo de estudios. También me gustaría llevar esos argumentos o esas ideas un poquito más allá a ver hasta dónde aguanta.

Número uno: algo que ya mencionó Magdalena y no por casualidad, la idea de las matrices del anticomunismo. Para los que no han leído el ensayo o los libros de Rodrigo, es quizá la idea más original, más útil y más fructífera para entender el peso histórico ideológico del anticomunismo en América Latina e incluso más allá. El anticomunismo, desde esa óptica, sería un fenómeno enraizado en familias ideológicas que son además formativas de la cultura latinoamericana, como el liberalismo, el catolicismo y el nacionalismo. Si lo pensamos bien, son, en diferentes expresiones y mezclas, la base de muchas de las fuerzas y entidades políticas de la historia republicana de América Latina. La reacción visceral ante la amenaza comunista involucra interpretaciones de estas familias ideológicas y en diferentes mezclas. En cada una de las expresiones anticomunistas, como un discurso, una red, un intelectual actual, un acto de represión, se estaría conformado por una mezcla particular de cada una de estas partes, de cada una de estas matrices. Esto tiene varios efectos, varias consecuencias, bastante relevantes y que dan cuenta, además, de la importancia de estudiar este fenómeno. Esto hace que el anticomunismo lo podamos entender, como decía al principio Aldo, como una parte constituyente de la política latinoamericana y no como un simple accidente o una mera imposición extranjera. Es algo que está enraizado en las propias bases ideológicas —o muchas de ellas, al menos— de la historia republicana del continente o de la región.

Estas matrices del anticomunismo serían parte de dinámicas de conflicto local con diálogos, préstamos, adaptaciones con lo que podríamos denominar como política occidental. Es una ventanita que permite identificar y estudiar precisamente esos diálogos, esos préstamos y, obviamente, esas adaptaciones locales. Dicho de otra forma, el anticomunismo, entonces es una polaridad ideológica, un paraguas ideológico flexible y maleable, de primer orden para entender el siglo XX latinoamericano gracias a su capacidad de volverse un lenguaje para significar conflictos locales y alimentar al mismo tiempo imaginarios globales que le dan sentido a estos argumentos y estas acciones. Quizás la pregunta que tengo ahí y que lo podríamos discutir después con Rodrigo es: si bien esta categorización a esta forma de conceptualizar el anticomunismo a partir de la idea de las matrices es muy útil y sirve mucho para su estudio histórico, ¿dónde queda o dónde entra la dimensión de género y de sexualidades en el estudio del anticomunismo, en especial en los años sesenta? Ya hay investigaciones sobre esto y de muy alto nivel. El anticomunismo también se intersecta con ansiedades de tipo moral que están directamente relacionadas con esta idea de que el comunismo es al mismo tiempo, una amenaza a las divisiones conservadoras del género y la identidad sexual. ¿Dónde quedaría esta dimensión en ese esquema?

La segunda idea que me gustaría destacar es la de olas de anticomunismo. Rodrigo lo menciona en su libro y en este ensayo para el caso de Brasil, en el que reconoce dos momentos en el siglo XX que fueron especialmente álgidos en este sentido: en los años treinta y a principios de los años sesenta. A eso se le agregaría, por supuesto, ya en el siglo XXI, el proceso que llevó a la destitución de Dilma Rousseff y el auge de Jair Bolsonaro. Para cada país de la región esas cronologías son diferentes, pero sospecho que responden a procesos regionales y globales semejantes, posibilitando una aproximación

regional al fenómeno. Dicho en términos esquemáticos, la primera ola, durante las primeras décadas del siglo XX, responde a la crisis del Estado oligárquico y a la politización de la franja de sectores populares. La segunda responde a la crisis del Estado desarrollista y el auge del militarismo de seguridad nacional. Para el caso de Chile, por mencionar otro caso, esos procesos podrían fecharse entre 1918 y mediados de los años treinta, en el primer caso, y, para el segundo, entre la movilización de masas anticomunista contra la Unidad Popular y el período más duro de la dictadura militar (o sea, más o menos, 1972-1980), aunque estas fechas obviamente son discutibles. La idea de olas dota al anticomunismo de historicidad, lo reconoce por su carácter contingente y cambiante, no como una esencia que estaría de manera inmutable durante el siglo XX.

La tercera idea, que quizás podríamos discutir después más en profundidad, es la noción de este anticomunismo de izquierda que fue mencionada antes y que está relacionada con esta idea bastante fructífera de entender el anticomunismo cuando emerge una actitud ante lo que se identifica como comunismo cuyo objetivo es la exclusión de diferentes formas de esas fuerzas identificadas como comunistas de la comunidad política, lo que va desde la proscripción legal hasta el exterminio. Visto de esa manera, efectivamente existiría un anticomunismo de izquierda, pero me parece que, para el caso de latinoamericano, se da en coyunturas bien específicas, con fuerzas bien específicas, y que, por ende, no sería un fenómeno tan generalizado quizás como en otros lugares del mundo, especialmente en aquellos como Europa, donde las fuerzas socialdemócratas y socialcristianas son más relevantes que una izquierda socialista. Un aspecto que se podría explorar al respecto del anticomunismo de izquierda son las aproximaciones biográficas. Me parece que sirven mucho para ver esa especificidad. Hace un tiempo atrás me leí la biografía de Eudocio Ravines de Federico Prieto Celi, un excomunista peruano devenido en activista anticomunista a nivel regional, que precisamente muestra los caminos por los cuales el anticomunismo de izquierda se vuelve un fenómeno relevante. Como se me está acabando el tiempo, no voy a detallar esto.

La cuarta idea que me parece especialmente significativa para el estudio del anticomunismo es esta mezcla que Rodrigo identifica para entender el fenómeno del anticomunismo entre oportunismo y convicción. Es decir, el anticomunismo no puede ser visto solo como una manipulación, casi una enfermedad política, que, de hecho, ha sido la base de la explicación comunista del anticomunismo. Tampoco es simplemente un epifenómeno, una cobertura ideológica de intereses ocultos de otra naturaleza. El anticomunismo no funcionaría como funcionó —y sigue funcionando en muchas de las sociedades latinoamericanas— si no hubiese existido una base de convicción ideológica, cuestión que se relaciona con lo ya mencionado en torno a las matrices del anticomunismo, en la medida en que responde a imaginarios de familias ideológicas constitutivas de la historia republicana de la región. Entonces, el anticomunismo responde precisamente a convicciones ideológicas bien enraizadas.

Para finalizar, ahora sí, un aspecto obvio, pero no menos necesario de mencionar y que quizás podríamos discutir después: los estudios sobre anticomunismo han avanzado mucho en la región desde que Rodrigo publicase su libro por el 2012. Hoy contamos con estudios que abarcan desde el Cono Sur y Brasil hasta Perú, Ecuador, Costa Rica y México, entre otros. Sin embargo, nuestra concepción regional del fenómeno sigue siendo muy elemental. Como siempre, en este tipo de cosas faltan visiones generales que conecten y reconozcan las experiencias regionales, nacionales y locales. Como sea que se escriba esta historia social, política y cultural del anticomunismo latinoamericano, las intuiciones y planteamientos de Rodrigo deben ser escuchados. Lo dejo hasta ahí, muchas gracias.

Adriana Petra: Muchas gracias, Aldo, muchas gracias, Vania por la invitación. La revista *Contemporánea* siempre tiene buenas ideas y yo estoy cerca de ella desde su primer número, cuando siendo aún estudiante de doctorado publiqué un artículo sobre intelectuales y Guerra Fría. Celebro

este encuentro porque no es habitual replantearse cambios de rumbo en un proyecto que funciona y que ya es una referencia en las revistas latinoamericanas de habla hispana, así que me parece sumamente interesante el gesto de detenerse a pensar en el *para qué*. Lo celebro muchísimo y agradezco que hayan pensado en mí para arrancar esa etapa de replantearse el rumbo de lo que hacemos, en el lugar que lo hacemos y desde dónde lo hacemos. Me parece también muy interesante hacerlo con este artículo de Rodrigo porque obviamente toca cuestiones que tienen que ver con el trabajo historiográfico, pero tienen también que ver con nuestro presente y, en definitiva, plantean algún tipo de vínculo de la relación entre pasado y presente, entre historia y política del presente. Mis colegas han dicho cuestiones muy importantes y me doblaron, de modo que no creo que pueda agregar demasiado a lo que se hace mención, pero simplemente quería apuntar a algunas cuestiones.

Yo también conozco y sigo el trabajo de Rodrigo desde hace mucho tiempo, porque Rodrigo, además de escribir sobre anticomunismo, ha escrito sobre comunismo y tiene un libro muy lindo que se llama *Comunistas Brasileiros*, en el que, recogiendo incitaciones de la historiografía y de la historia cultural de la política francesa, plantea el estudio de los comunismos desde el punto de vista de las culturas políticas y no simplemente desde una aproximación institucional a los aparatos partidarios. Es un libro que a mí me iluminó mucho y que me sirvió mucho para mis propios trabajos. Un enfoque cultural y político cultural de los fenómenos políticos, con claros diálogos con la antropología, que Rodrigo ha mantenido en sus trabajos y en su larga y frondosa trayectoria posterior, incluyendo sus trabajos sobre el anticomunismo. Apunto entonces una cuestión: los estudios sobre derechas y anticomunismos recogen una importante acumulación de trabajo empírico y de hipótesis de lectura que se han venido planteando en los estudios sobre izquierdas en general, y sobre comunismos, en particular. La misma trayectoria historiadora de Rodrigo así lo confirma.

Este artículo me parece importante porque la revisión suele ser un género difícil. Se tiene el problema de no poder dar cuenta de todo y las ausencias y sesgos son casi inevitables. Organizan y disponen un punto de llegada y, al mismo tiempo, proponen un nuevo punto de partida. Su sentido se organiza sobre una acumulación. En este caso, arranca con una tesis de doctorado que Rodrigo defiende a comienzos de este siglo, tesis que luego se convirtió en libro, publicado primero en portugués y luego en francés y en inglés y que recoge ese trabajo inicial y desenvuelve cuestiones no contempladas ahí, al calor de un desarrollo historiográfico que ha crecido enormemente en los últimos veinte años.

En este artículo Rodrigo se plantea observar tres cuestiones fundamentales. Por un lado, las expresiones políticas del anticomunismo, por izquierda y por derecha; luego, un balance historiográfico de la producción más o menos reciente sobre el tópico, tanto en la bibliografía noratlántica como específicamente latinoamericana y, por último, los usos e impactos políticos del anticomunismo, que es el aspecto que trae el tema a nuestro presente. Muy presente para el caso de los argentinos, también para los brasileños hace unos años. Veremos cómo sigue esto.

Existe, en primer lugar, un esfuerzo fuerte de conceptualización de un término que a menudo se define como brumoso. En un libro reciente, dedicado a la historia del par comunismo y anticomunismo en México, Carlos Illades y Daniel Kent Carrasco comienzan diciendo que el anticomunismo es una especie de magma indefinido, un concepto de naturaleza muy voluptuosa. Hay aquí, entonces, un intento preciso de conceptualización y organización de los variadas formas y usos del anticomunismo.

Entonces, lo primero que aparece es que, en efecto, el anticomunismo ha sido un fenómeno crucial de la historia contemporánea. El siglo XX no puede comprenderse sin la existencia del anticomunismo, el que, aún en su brumosa, ha dado forma a motivos ideológicos muy fuertes, en términos tanto discursivos como de política práctica. Las inflexiones de derecha del fenómeno son, tal vez, más

evidentes y conocidas, por lo que, como ya se ha señalado, poner el foco sobre los anticomunismos de izquierda, sobre los que efectivamente sabemos poco, es un mérito notable en el contexto de este esfuerzo de conceptualización. Se trataba, en efecto, de una deuda historiográfica.

Rodrigo menciona los trotskismos, las otras familias de las izquierdas: al anarquismo, al socialismo y enfatiza algo que, tal vez por evidente, no ha sido mencionado hasta ahora: el quiebre que produce la Revolución de 1917 en esta historia de largo plazo. Es decir, en efecto, a partir de la revolución rusa, el comunismo, y por lo tanto su opositor, el anticomunismo, adopta un sentido muy específico, vinculado a la construcción de un Estado que asumió para sí la denominación de comunismo. A partir de ese momento, el comunismo pasa a ser identificado con el comunismo soviético. Más allá de que a lo largo del siglo XX hubo otros comunismos y que el comunismo fue muchas cosas, en general está implícito que el anticomunismo pareciera relacionarse con la experiencia de la Unión Soviética, desde la Revolución de 1917 hasta su implosión a principios de 1990. Esto me llevó a preguntarme, dentro de esta cuestión de los anticomunismos de izquierda y en referencia a, algunas experiencias concretas en la escala latinoamericana, por las experiencias de los nacionalismos populares, que no están mencionadas en el artículo, pero que tienen, o han tenido siempre, una relación ríspida o dificultosa con las izquierdas en general, y con el comunismo en particular. Doy el ejemplo que más me viene a la cabeza: la experiencia del peronismo en la Argentina. El peronismo se presentó desde sus inicios como una propuesta política con un alto contenido de anticomunismo, no solamente retórico. Durante los dos primeros gobiernos peronistas, los comunistas fueron perseguidos, proscritos, fueron a la cárcel y no faltaron las quemaduras de libros «rojos». Sin embargo, a partir del golpe de 1955, comunistas y peronistas aparecen juntos en el espacio de la reacción anticomunista y antiperonista porque en el discurso de la Revolución Libertadora son presentados como dos elementos igualmente disolventes y en el fondo, homologables, en una lectura con trasfondo de Guerra Fría. A partir de esa cuestión, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, incluso hasta más recientemente, en el siglo XXI, la relación entre los nacionalismos populares, nacionalismos de izquierda, y las tradiciones de izquierda no ha descartado nunca algún tipo de fondo anticomunista. Entonces, sería interesante pensarlo también en función de la importancia que estas identidades políticas y estos movimientos políticos han tenido a lo largo de la historia latinoamericana contemporánea, pero principalmente en las últimas décadas.

La segunda cuestión a la que me quiero referir es la dimensión historiográfica del artículo. Rodrigo efectivamente observa un aumento del interés historiográfico sobre el fenómeno del anticomunismo, fechado en el comienzo del siglo XXI, a partir de los años 2002 y 2001 en adelante. Un aumento que no es solo latinoamericano, sino global. Uno podría decir que esto también ocurrió con las izquierdas desde los ochenta, sobre las que existe una producción historiográfica que creció exponencialmente desde entonces. Pareciera que, a la par de la conformación de un campo de estudio sobre las izquierdas, y sobre el comunismo en particular, se ha ido solidificando, aunque no siempre en un diálogo tan fluido como creo que deberían tener, los estudios sobre el anticomunismo. Pero ocurre que aparecen como dos espacios institucionalizados de manera no siempre dialogal, lo cual es una complicación, porque a priori se podría decir que es imposible estudiar el comunismo sin el anticomunismo y el anticomunismo sin comunismo. Pareciera algo que no se puede hacer, pero que en muchos casos se hace. Entonces, ahí hay un crecimiento de ambas historiografías y hay una cuestión que me parece interesante, dentro de los llamados vacíos historiográficos que menciona Rodrigo, que es la cuestión de la particularidad del desarrollo de los comunismos en América Latina y el papel de los estados latinoamericanos en relación con la represión del comunismo. Porque dentro de los estudios sobre comunismo uno podría pensar que, en el caso latinoamericano, los partidos comunistas

han sido siempre, y casi desde sus inicios, partidos ilegalizados y perseguidos, a diferencia de otros en otros espacios, particularmente en Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Entonces, eso también ha dado lugar a una particular conformación de los comunismos y de las izquierdas dentro de cada espacio nacional y regional. Esto es importante para observar el fenómeno del anticomunismo desde el punto de vista de la represión estatal.

Por último, quería mencionar una cuestión que tiene que ver con la última dimensión. Se trata de los usos del anticomunismo: esta conjunción entre oportunismo y convicción que mencionó Marcelo y la particularidad del caso del Brasil. Allí, Rodrigo menciona una combinación, presente en los usos más recientes del anticomunismo en la escena política brasileña, entre elementos clásicos del anticomunismo y un específico antipetismo que daría una coloración específica a los usos del anticomunismo en la batalla política brasileña. El PT, que es una experiencia política no necesariamente ligada al comunismo. A mí me parece interesante. Creo que es algo que decía Magdalena. Este momento es muy importante para pensar en la cuestión de las escenas globales y las articulaciones locales. Pareciera que, así como los comunismos son —o fueron— una conjunción entre un movimiento, una idea o ideología y una estructura militante global que le tocó desarrollarse en particulares vicisitudes locales, con relación a las cuales terminó definiéndose, los anticomunismos parecieran ir en el mismo sentido. En el caso de Brasil, efectivamente existe el llamado antipetismo que coloca una inflexión local muy importante y que al mismo tiempo habla de las particularidades de la izquierda en Brasil.

Dentro de eso, una cuestión que me interesaba plantear y que me dejó pensando, más en los términos de la coyuntura que de la historiografía, es el modo en que las derechas globales en sus inflexiones locales actuales plantean la idea de la batalla cultural. Es decir, el anticomunismo es un elemento muy importante de esa batalla contra lo que algunos denominan marxismo cultural, que es una conjunción de antifeminismos, antiderechos y, sobre todo, de una agenda profundamente antiigualitarista. Si bien cada país tiene sus acentos y sus problemas específicos (como la inmigración para el caso europeo), el antiigualitarismo es una matriz común de los actuales discursos anticomunistas y un elemento aglutinador, una especie de lengua franca, como dice Rodrigo, de derechas muy disímiles. Entonces me preguntaba hasta qué punto estas articulaciones del lenguaje del anticomunismo actual no tienen también que ver con el modo en que las propias izquierdas organizaron una agenda política muy ligada a políticas identitarias, de acceso a derechos, diversidad y demás, abandonando, o dejando de lado, quizás, cuestiones tan medulares como la discusión sobre la economía (a la que antes reducía todo). Pero, en todo caso, la cuestión de la relación dialéctica entre las agendas y las modalidades de intervención y movilización de las izquierdas y los progresismos y las formas que adopta el anticomunismo, me parece muy importante para pensar en términos historiográficos, pero también en función de la política que nos toca vivir. Así que fue un gusto leerle, Rodrigo y nuevamente muchas gracias por la invitación.

Rodrigo Patto: Primero que nada, agradecer a Aldo y a Vania por esta oportunidad. Nosotros charlamos en Montevideo el año pasado y yo les ofrecí este artículo. Les interesó de inmediato y después, no sé si en el momento o después, me propusieron la idea de un debate en línea con otros colegas historiadores del Cono Sur, esto evidentemente me entusiasmó porque es una actividad muy original. Yo ya participé en publicaciones de periódicos en que se publican comentarios sobre los artículos, pero no conocía a una experiencia de un debate previo online entre autor del artículo y los comentaristas, lo que me pareció muy interesante. Agradezco a Magdalena, a Marcelo y a Adriana por haber aceptado. Para mí es un lujo que hayan leído y comentado el texto. Porque son personas que conocen bastante el tema y los admiro como historiadores e historiadoras.

Este artículo es resultado de veinticuatro años de trabajo y un poco más. Porque veinticuatro años se cumplen de la defensa de la tesis de doctorado del año 2000, pero yo empecé la investigación cuatro años antes, entonces ya son veintiocho o veintinueve años en compañía del anticomunismo, de manera que este artículo es un resultado de todo eso. También hago una reflexión con la producción posterior a mi tesis. Para mí es muy interesante observar los trabajos posteriores, porque, aunque tuviera una clara idea del carácter global del fenómeno, en aquel momento para mí no había la posibilidad de pensar en investigaciones de carácter más amplio, de carácter conectado, comparado.

De hecho, mi preocupación del momento era producir una tesis interesante que fuera aceptada en el medio académico de Brasil que en aquel momento tenía muy poco interés por temas de derecha. Había pocos trabajos, algunos muy originales, que abrieron el camino, pero en general el interés era muy pequeño e incluso tuve que enfrentar algunos prejuicios y algunos preconceptos porque mucha gente pensaba que quién estudiaba este tema podría ser anticomunista, de derecha o peor, alguien que había sido de izquierda, como yo, y que muchos pensaban «este ha sido conquistado por la derecha». Entonces, en aquel momento, mi preocupación era defender el objeto, pero no tenía mucha idea sobre el futuro del tema, si se tornaría un tema de investigación más importante, aunque yo tenía la convicción de que era un tema muy importante y hasta entonces poco valorado como objeto de estudio por el mundo universitario. En aquel momento mi preocupación era el siglo XX, pensaba que no se comprendería el siglo XX si no prestábamos atención al tema del anticomunismo. De modo que lo que pasó en esas últimas dos décadas yo no lo preveía, no, no lo imaginaba. De alguna manera es un infortunio que eso pasara, porque el incremento del interés por el anticomunismo se debe también al incremento de la fuerza de las derechas autoritarias, extremistas y conservadoras que han, o redescubierto al anticomunismo o lo calentado para utilizarlo en sus luchas políticas más recientes. Bueno, voy entonces a comentar algunas cosas que han sido comentadas por Magdalena, Marcelo y Adriana de manera muy rápida, para que haya tiempo de que otras personas se manifiesten.

Magdalena comentó algo que para mí es muy importante. Magdalena dice que yo abordo de manera sencilla cosas que son complejas. Bueno, de hecho, esa es mi idea de la labor académica. Me parece que nuestro trabajo es tratar de comprender cosas complejas y explicarlas de una manera que sea comprensible incluso para lectores comunes y eso es lo que intento. Ojalá no esté haciendo una simplificación de cosas que son complejas, pero mi intención es explicar lo complejo de manera comprensible. Eso es una cuestión que tengo en mente hace tiempo porque me irritan los textos de académicos que son muy herméticos, incomprensibles, que intentan mostrarse eruditos y sofisticados teóricamente, pero que son muy confusos.

Una cosa también que Magdalena comentó y que me gustaría comentar de nuevo, es el tema del anticomunismo de hoy. Yo coincido que hay que estudiarlo mucho más. En este artículo hice apenas unos comentarios muy rápidos, como a modo de cierre de texto, pero sin ninguna pretensión de decir la última palabra, solamente apunté algunas cosas que me parece que vale la pena estudiar más. Yo creo que esto necesita involucrar la contribución de los científicos sociales: de los antropólogos, sociólogos, científicos políticos. Es un trabajo interdisciplinario en el que los historiadores debemos contribuir con nuestro conocimiento de los fenómenos pasados en el intento de hacer comparaciones, de explicar algunas estrategias que se utilizan hasta hoy, pero en el que hay que involucrar a otros investigadores para construir un objeto de carácter más transdisciplinario. Sobre todo, me parece muy importante hoy, movilizar a gente que sea capaz de estudiar a las redes sociales, que son muy importantes en la difusión y en la construcción de muchas de las imágenes anticomunistas o antiizquierdistas que circulan hoy. De manera que me parece que esto es un tema muy, muy fascinante para para los próximos años y ojalá los científicos sociales se acerquen.

Me parece que está pasando un fenómeno en muchos países que es que hoy muchos científicos sociales se están interesando por el estudio de las derechas que habían sido poco estudiadas por ellos en las últimas décadas porque estaban más interesados en fenómenos democráticos: en las movilizaciones sociales, la ola Rosa, la ola progresista en Latinoamérica. Pero desde hace ocho años, más o menos hasta hoy, hubo un giro hacia la derecha desde las ciencias sociales y esto debe involucrar también el tema del anticomunismo. Ojalá que eso pase.

Marcelo también hace algunas preguntas. La primera cuestión: a mí me interesa muchísimo el tema del género, del feminismo, de la homosexualidad. Aprovecho para decir que algunos textos recientes sobre este tema me cuestionan no haber prestado debida atención a esta cuestión y a mí esto —no estoy respondiendo a Marcelo, sino a este otros autores— me pareció una crítica poco justa porque cuando yo hice el análisis sobre la matriz católica cristiana del anticomunismo intenté, y me parece que he sido claro, mostrar que el rechazo cristiano al comunismo ha pasado muy fuertemente por el tema moral y por la visión de que el comunismo no era visto solamente como una amenaza filosófica, pero sobre todo, una amenaza moral. Esto se debe a que los comunistas no pensaban en revolución solo como un cambio social, sino también como un cambio cultural, un cambio en la familia, un cambio en las relaciones entre hombres y mujeres. Entonces, en este capítulo sobre matrices, en la sección sobre el cristianismo, yo mencioné bastante esta cuestión de la moralidad e incluso ofrecí algunos ejemplos sobre el miedo que provocaba en los cristianos conservadores el tema del divorcio y el tema del aborto. Los comunistas del principio del siglo XX defendían este discurso e incluso lo pusieron en práctica para legalizar el divorcio y aborto en la Unión Soviética. Lógicamente, todo eso provocaba en los cristianos una sensación de amenaza muy fuerte. Entonces, el tema del género y de la homosexualidad se inscribe en esta matriz católica o cristiana, porque son percibidas como amenazas a la moralidad tradicional de manera similar al tema del aborto, que sigue vigente (al contrario del divorcio). Un aspecto importante es que yo investigué el período de los años veinte hasta los años sesenta y en este período los discursos anticomunistas conservadores tocaban poco el tema de la homosexualidad y hablaban mucho más de la amenaza del feminismo, de la amenaza del divorcio y de la destrucción de la familia cristiana en la Unión Soviética y en los países comunistas. Entonces, me parece que el rechazo a la homosexualidad o al feminismo (o el tema del género) hacen parte de la matriz cristiana, aunque de alguna manera son actualizaciones de esta.

Otra cuestión que mencionó Marcelo, que no es una pregunta, sino un comentario, es la coincidencia o la existencia de un cuadro regional en Latinoamérica en los años treinta y sesenta en el que se percibe que no hay una ola anticomunista solamente en Brasil, sino en toda la región. Con esto yo coincido totalmente, hoy me parece que hay fuentes y estudios que nos permiten decirlo. En 2000, cuando escribí esta tesis, no tenía ninguna condición de pensarlo porque teníamos grandes dificultades de acceso a publicaciones recientes de historiografía latinoamericana. Hoy estoy totalmente de acuerdo.

También coincido con Marcelo sobre la necesidad de hacer más investigaciones biográficas sobre anticomunistas de izquierda. Yo mencionaría un brasileño muy importante que se llamaba Mario Pedrosa porque fue comunista, después trotskista y al final de su vida se tornó petista del Partido de los Trabajadores. Tenía la cartelera número uno del PT y el PT lo homenajeaba de todas maneras por haber sido un tipo de izquierda contrario a los comunistas. El PT en su principio tenía una impronta muy anticomunista que ellos decían antiestalinista y presentaba un combate muy fuerte contra la tradición comunista. Esto es porque el PT intentaba, y le fue muy bien, convertirse en el gran partido de la izquierda en Brasil. Entonces el PT recibió a Pedrosa con mucha alegría y como un símbolo de la izquierda no comunista y no soviética. Este tipo es muy interesante, creo que no mencioné su

nombre en el artículo, pero hay algunas investigaciones hoy que lo muestran en los años cincuenta con posiciones antisoviéticas muy fuertes e incluso constreñidoras para alguien de izquierda. Incluso, cuando los militares intentaron derrumbar al presidente Juscelino Kubitschek en los años cincuenta, el extrotskista y futuro petista Mario Pedraza escribió textos en periódicos en los que decía que los militares estaban haciendo muy bien al intentar sacar a Kubitschek del poder. Él pensaba esto por la alianza que tenía Kubitschek con los comunistas de linaje soviético. De modo que es una cuestión muy interesante que me parece que debe ser más desarrollada.

Ahora aprovecho para comentar algo que mencionó Adriana. Me parece que acá, en este campo, debemos estudiar los anticomunismos de izquierda, pero también las otras formas de antiizquierdismo de izquierda. Me parece que en algunos casos no se puede decir simplemente anticomunismo, por ejemplo, en el caso de los trotskistas me parece más claro llamarlos antiestalinistas. Me parece que se deben estudiar otras maneras de ser antiizquierdista en las izquierdas (por ejemplo, el antitrotskismo de los comunistas, o el antipetismo de algunos intelectuales de izquierda) y eso se ha hecho poco.

Una respuesta para Adriana sobre los peronistas. Pensé en los que tu llamaste nacionalistas populares, pero no mencioné a los peronistas. Yo mencioné al grupo más cercano que hay en Brasil: los trabalhistas, la gente de la línea de Vargas, de Brizola y de Joao Goulart, que tuvieron una relación con los comunistas muy parecida a la que tuvieron los peronistas. Son fracciones de izquierda con posiciones anticomunistas muy duras que han cambiado con el tiempo y ahí también hay que investigar más. Yo propuse en el texto que se estudiara más de esos conflictos entre diferentes izquierdas. Estoy de acuerdo, también lo escribí en el texto, en que me parece que en América Latina los anticomunismos de izquierda han sido más débiles que en otros países, sobre todo en comparación con Europa Occidental.

Finalmente, sobre el antipetismo que mencionó, Adriana, me parece que es un tema muy interesante y muy original. Está en las políticas del PT una inversión muy fuerte en la política llamadas políticas identitarias. También estoy de acuerdo que esto es un tema que afronta a las derechas, a la derecha conservadora, sobre todo, que se siente amenazada por las agendas de igualdad. No solamente igualdad social, racial, sino también la igualdad de género.

Para concluir, yo conectaría esto a los años veinte, cuando los anticomunistas católicos o cristianos decían más o menos lo mismo: que las propuestas igualitarias de los comunistas implicaban la destrucción de la familia, la destrucción de la buena sociedad y por eso los cristianos no podrían aceptar el comunismo. Concluiría diciendo que este tema ha sido muy importante para la popularización del anticomunismo, para atraer a la lucha contra el comunismo a personas que no tenían razones para luchar en defensa de la propiedad privada, pero pensaban que valdría la pena luchar por la defensa de la familia, por la defensa de la Iglesia y por la defensa del poder del patriarcalismo.